Todo el día empleado en ir preparando la que va a ser nuestra casa durante los próximos años: apilar los muebles, hacer limpia de papeles, libros y objetos mil, comprobar cómo avanzan las obras, hablar con los pintores y otros gremios, apremiar a unos, azuzar a otros…

Bueno, todo no: a primera hora de la tarde, me ha llamado A. muy alterada para que acudiera a ver algo en la tele. Entre piezas del armario del salón, colchones enrollados, torres de libros y sofás de segunda mano, he visto cómo un avión de pasajeros chocaba contra una de las torres gemelas de Nueva York.

Al cabo de un rato, cuando ya habíamos dejado de restregarnos los ojos y empezábamos a comentar que si ahora el gobierno hará tal o la comunidad internacional dirá cual, hete aquí que otro avión ha chocado contra la segunda torre.

A mí, con esas torres, se me ha caído como un mundo: el de mi vida, o al menos el de mi juventud. De pronto, eso que habíamos vivido sin euforias, en una apacible inadvertencia, ese remanso en la corriente del tiempo que fueron

EDITORIAL PRETEXTOS

los noventa, tras la caída del muro de Berlín, se ha mostrado como lo que era desde un principio: un oasis, un breve paréntesis en medio del arenal áspero, reseco e inhabitable del desierto.

O quizá sea peor: más que oasis, lo que se ha revelado es que la amplia década de los noventa –que no empieza en 1990 ni acaba en 2000 exactamente– era más bien un espejismo. Ya se sabe que a ojo de buen cubero, y de cubero sediento y extenuado, no hay mucha diferencia entre ambas cosas. ¡Cómo nos gustaba creer, en medio del pensamiento único, del triunfo definitivo de Occidente contra el gigante comunista, que efectivamente había quedado abolida la historia, como quería Fukuyama! Había quien empezaba a elucubrar con los cimientos de una especie de paz perpetua, en plan kantiano, que sería obra de un arte de birlibirloque del mercado: primero atraeríamos a Turquía a los encantos de la economía liberal, luego al Magreb, más tarde a la lejana China… En nuestro imperio no se pondría el sol.

En realidad, a poca perspicacia que uno tuviese no faltaban los avisos de navegante. Al fin y al cabo, ¿qué hay más tonto que suponer nada imperecedero en la historia, cuando lo suyo es precisamente el cambio? Antes o más tarde, pero cambio. De hecho, ejemplos los teníamos bien cerquita: en el año ochenta y siete, en el bachillerato, el profesor de Historia, un viejo nacionalista entibiado por los años, nos calentaba la cabeza con la eternidad inexorable, como inasequible al roce del tiempo, de la Unión Soviética. Para apoyar esas afirmaciones argüía que ninguno de los gober-

EDITORIAL PRETEXTOS

nantes y los hombres fuertes del Politburó podían conocer otro sistema, otro estado de cosas. "Nacieron ya con la revolución hecha", decía. Y por eso, era inevitable concluir, la cosa seguiría hasta la náusea.

Al cabo de dos años, sólo dos años, catacrac. Una pequeña grieta, luego un temblor de tierra y, muy pronto, las muchedumbres cruzando al otro lado de la vieja capital alemana. ¿Impredecible? Quizá, pero precisamente por eso es siempre mejor, más sensato, abstenerse de jugar al profeta. Uno nunca sabe qué variables que no ha tenido en cuenta aparecerán por allí y desbaratarán nuestra composición de lugar. Por eso, me he dicho mentras apagaba el televisor al cabo de dos horas de noticias, declaraciones y entrevistas a expertos, no sabemos aún cómo será la casa en la que viviremos estos años. Tampoco exactamente cómo es el mundo que nos espera.

*

Primeros días en la casa. Hay que limpiar y barrer, colocar los muebles, hacer los contratos con las compañías suministradoras, pintar algunas puertas, hacer algunos agujeros para pasar los cables, ordenar los libros, instalar la tele…

Por la tarde, con un sol de enero discreto y agradable, me he sentado en el balcón a pintar unos estantes. Unos papeles de periódico, un bote con pintura y otro con aguarrás, una brocha y un pincel, y a silbar ante el paisaje, como un auténtico pintor *au plein air*. Por la calle apenas había

EDICIONES PRE-TEXTOS

ajetreo: son unos días tranquilos y remansados, como si al año le costara coger la inercia del paso del tiempo tras los desenfrenados ritos iniciales. Muchos están fuera, de vacaciones; otros no trabajan, aunque tampoco viajen; los jóvenes aún no han empezado las clases… Son días para pasarlos en un buen café, en compañía de unos amigos, mientras se va quedando el vaho en las ventanas; o en casa, con alguna visita infrecuente e inesperada. O en un balcón bien iluminado, pintando por aquí, lijando por allá.

Al poco se ha oído un chirrido violento y se ha abierto la puerta del balcón contiguo. Ha salido un hombretón enorme, de unos setenta años, de cabeza redonda y nariz gruesa como la de Karl Malden. Nos hemos mirado un segundo el uno al otro, como dos animales ajenos en medio del bosque.

Esto de los balcones es, cómo decirlo, uno de los eslabones perdidos o de los espacios sin cobertura del protocolo vecinal: si uno se cruza con otro en la escalera, en el rellano, en el ascensor o en el portal, incluso en los primeros metros de la acera o en una tienda cercana, siente con claridad la obligación de saludar al menos, si no de iniciar una breve conversación de compromiso. Pero el balcón parece que se rige por leyes menos estrictas, o menos claras. Hay quien saluda muy efusivamente a través del patio o de la calle, o de balcón a balcón, sin remilgos, y hay quien se hace el sueco porque le parece de mal tono, o un signo de indiscreción, o… Es eso: que el balcón no supone un espacio compartido, común o público, sino una antesala de la

EDITORIAL PRETEXTOS

intimidad del hogar, y mostrarse ahí a las claras tiene algo de impudicia. Por eso a veces sucede que dos vecinos, que apenas distan uno de otro cuatro o cinco metros, se ven o se oyen perfectamente pero fingen no darse por enterados, y riegan las plantas o fuman el cigarrillo reconcentrados en la tarea.

En este caso, de suecos nada. Nos hemos dicho hola y de inmediato nos hemos presentado. Que si el tiempo, que si menudo año… No es mal comienzo del todo.

*

Por fin, después de varios intentos, he logrado hablar con T. y D. Son los únicos neoyorquinos estables que conozco, los únicos cuyo nombre me vino a la cabeza cuando vi aquel amasijo de hierro, cemento y cristal que caía hecho pedazos ante la mirada atónita de una muchedumbre.

Después de veranear en Fuenterrabía durante diez años, forman ya parte del paisaje estival de por aquí. No hay verano en que no me llamen para cenar, o hacer una excursión.

Están bien, dicen. Todo lo bien que se puede estar en estos casos. A sus hijos tampoco les ha tocado de cerca. "Nos vemos en junio, en *Onyarbi*", ha terminado T., que ya chapurrea el castellano y ha empezado a lanzarse con algunas palabras en euskera. Casi parecía que me hablaban desde el pueblo más próximo. El dolor también se globaliza. O se *glocaliza*.

EDITORIAL PRETEXTOS